

ROSA, LA MAESTRA QUE TENÍA UNA VOIGTLÄNDER

Enrique Satué Oliván-2015

Hasta hace una semana no había conocido a Rosa en persona y la sensación que tuve cuando la vi fue el fiel reflejo de lo que había intuido a través de sus fotografías, la de una persona original e inquieta que, a comienzos de los sesenta del siglo pasado supo integrarse perfectamente en los pequeños pueblos del Pirineo.

Descubrí sus fotografías en el Museo Pedagógico hace unos años. Las había donado junto a otros materiales y, aquello, delataba un espíritu etnográfico poco frecuente.

Las fotografías destilaban frescura y vida. En una, los niños y las niñas de la escuela mixta daban vueltas al corro, cogidos de la mano, en medio de la era de un pueblo de la montaña. Las criaturas disfrutaban sin que nadie les hubiera robado su personalidad. Otra era más teatral y ordenada, pero refleja una connivencia total con la fotógrafa-maestra. Veintitres niños y niñas, cada uno con su jarrito de beber la leche en polvo americana o con los elementos para prepararla, parecían participar en una alegre composición coral. La aldea era Esposa, en el valle del Estarrún, al lado de Aisa. El año: 1963.

Evidentemente, Rosa no sólo manejaba bien la cámara y las composiciones sino que sabía utilizar la magia ritual que, en aquellos tiempos, encerraba un aparato fotográfico.



A pesar de los tiempos digitales, Rosa sigue utilizando la cámara Woigtländer, objetivo Lanthar 2,8/50. Modelo Vito GL. Se la encargó a Foto Barrio de Jaca cuando uno de sus propietarios acompañó a la Escuela Militar de Montaña, que iba a realizar unas maniobras en Alemania. Cuál sería la afición de Rosa por la fotografía que tuvo que derivar cinco mensualidades de su sueldo para adquirirla. Ni que decir tiene que adquirió una maravilla, una de las primeras máquinas compactas, con flash y célula incorporados, junto a lentes calculadas con precisión matemática.

Nos dimos cita el 22 de julio de 2015 en el Casino de Huesca. La vi llegar con dos bolsas, con su porte firme a pesar de su baja estatura. A pesar de las pequeñas dolencias, proyectaba mucha vitalidad. Efectivamente –pensé- Rosa debió ser una maestra de “armas tomar”.

Tan pronto encontramos un apacible rincón, extendió las fotografías y los recorte de prensa y se echó a hablar –y yo a escuchar-. Ella tomó té con limón y yo un refresco. Fueron tres horas y media de mirada al pasado pero con ideas que ya querríamos que estuvieran bien instaladas hoy.



Rosa nació en el año 1939, cuando acababa la guerra, en Biel, en el Prepirineo de la provincia de Zaragoza, para trasladarse a los seis años, con su familia, a Huesca. Su padre regentaba la célebre empresa de Transportes Mairal y varios de sus hermanos también se hicieron maestros.

De algunos de los destinos que obtuvo Rosa como interina da cuenta el periódico Nueva España de Huesca. Por aquellos años esto era frecuente. Así, el domingo 17 de septiembre de 1961, dicho periódico sacaba una nota que decía: “Delegación Administrativa de Educación Nacional. Adjudicación de escuelas a maestras interinas. La Comisión Permanente del Consejo Provincial de Educación Nacional, en sesión celebrada en el día de la fecha, ha acordado nombrar a las maestras que a continuación se relacionan para desempeñar interinamente las Escuelas que se citan”, al tiempo que aparece en el puesto doce Doña Rosa Mairal Dieste para la Escuela mixta de Vinacua. Antes, con escasos veinte años había obtenido las de Borau (1959-60) y Salinas de Jaca (1960-61). Posteriormente, tras aquella, obtendría Santa Cruz de la Serós (1962-63) y Esposa (1963-64). Era la triste cadencia de los destinos anuales para las maestras interinas, que desconcertaba en los pueblos a las familias y que, salvando extraños casos como éste, no beneficiaba a los niños. Es por eso que, todavía hoy, la memoria popular, recuerda aquello de que “aquí no paraba una maestra”.

Rosa no obtendría más destinos porque el año 1964, en la sociología pirenaica, iba a ser un año sonado. Fue el año de la decisión colectiva, del abandono masivo de la montaña y del cierre de numerosas de escuelas para iniciar la concentración escolar. Sería el año en que, a pesar del goteo que venía de lejos, se colmó el vaso de agua y las gentes del Pirineo salieron en busca del trabajo en la industria o en los servicios de Sabiñánigo, Monzón, Huesca, Barcelona, Zaragoza e incluso, aunque fuera para coger de nuevo el arado, en los nuevos Pueblos de Colonización.

Rosa las vio venir y buscó trabajo estable en Cataluña, en el colegio Virgen de la Salud, de San Feliu de Llobregat, donde trabajaría 40 años, hasta su jubilación, a pesar de haber aprobado oposiciones, en la provincia de Huesca, en 1982, “y todo para que mi madre se quedara tranquila”.

La singularidad etnográfica de Rosa –según reconoce ella– le viene de su abuelo, Domingo Dieste Solana, un montañés de Biel que fue escogido por el premio nobel Santiago Ramón y Cajal, como ayudante, cuando ambos fueron destinados a Cuba; uno como oficial sanitario y, otro, como soldado.

Al parecer don Santiago, criado entre Petilla, Valpalmas y Ayerbe, vio en el joven del Prepirineo un buen aliado.

Domingo era culto, leía todos los días el periódico tras encerrar el ganado, trabajaba muy bien el boj, sabía hacer unas migas maravillosas, sacaba partido medicinal de las hierbas del monte y, sobre todo, hizo que Rosa descubriera el tesoro que encierran las tradiciones populares.

Por otro lado, el valor de la lectura, el excursionismo y la fotografía lo heredó de los padres y los hermanos. Estas aficiones, junto a su inclinación por las artes plásticas y las manualidades, son las que –según ella– mejor ha sabido proyectar allí donde ha dado clase.

El final de los cincuenta y el comienzos de los sesenta fue un punto clave en el tiempo social de la montaña. Se iba un mundo secular pero aún se podían palpar sus esencias. El anecdotario de Rosa, lejos de pretender la frivolidad, esboza estampas simbólicas. Recuerda cómo, en Borau, en un mundo periférico ajeno a los protocolos, cuando hubo que colocar la bandera en la escuela, debido a una visita de las autoridades provinciales, el encargado municipal colocó una guardada en un cajón y que resultó ser la republicana. Afortunadamente el hecho se detectó a tiempo y no pasó nada.



Rosa Mairal, a la derecha, con una amiga y niños de Borau. 1960.

También recuerda cómo, para Reyes, se jugaba a “damas y caballeros”. Aquella fiesta formaba parte de la estela carnavalesca del invierno y consistía en emparejar mozos y mozas sacando, previamente, sus nombres escritos en un papel dentro de dos pucheros. La cuestión es que debían amañar los aparejamientos porque, a ella, siempre le tocaba bailar con el mozo soltero más viejo; buena persona, pero el más viejo.

Entre las historias tampoco faltan los sustos. Por ejemplo el que vivió el 8 de diciembre de 1959, fecha en la que regresaba en tren desde Huesca, finalizado el puente festivo. Al parecer desoyó las recomendaciones de los ferroviarios y, en medio de una gran nevada, se bajó en Castiello, camino de Aratorés y Borau. Su tesón le hizo avanzar hasta que la nieve la desorientó. Afortunadamente, todo quedó en un susto pues vio un farolillo que no era otro que el de una pareja de la Guardia Civil que, en aquella época, aún custodiaba con intensidad las zonas de frontera.

Del anecdotario de Salinas de Jaca extrae cómo en el núcleo viejo sólo quedaba un matrimonio mayor que no había querido bajar al nuevo. Al parecer la geología y el progreso obligaron a crear un pueblo nuevo junto a la carretera. Por fin, el matrimonio fue convencido, bajó y, pronto, tomó la costumbre de tomar el sol en el carasol del ábside de la iglesia, en lo que es un auténtico balcón que mira a la carretera. La aclimatación iba bien hasta que un día se echaron las manos a la cabeza al ver, por primera vez, un gran camión que bajaba madera desde el valle de Hecho. Al parecer, no habían visto, antes, ninguno.

También fue en Salinas cuando se produjo la boda del rey Balduino de Bélgica con la española Fabiola. El hecho tuvo un eco social tan considerable que llegó a estos rincones del Pirineo. Casi todas las maestras de la zona lo quisieron vivir en directo y organizaron excursiones hasta el club parroquial de Santa María de la Peña, en cuyo televisor en blanco y negro, el sacerdote colocaba láminas transparentes, superpuestas, para crear la fantasía del color.

De Salinas es esta otra anécdota por la que recuerda cómo se hallaba subida a un cerezo, con su aspecto aniñado y con coletas, cuando llegó el inspector y le pidió que bajase para avisar a la maestra y poderle hacer la pertinente visita...

Finalmente, entre las curiosidades, de Esposa evoca que, al contrario de lo que, por entonces sucedía en las casas de la montaña, en su patrona, había agua corriente procedente de un aljibe y un cuarto de baño que en nada difiere de los de hoy en día. La explicación era que la familia se había dedicado a realizar migraciones temporales a Francia, a la fábrica de zapatillas que había en Mauleón para, de regreso, cada año, traer al hombro un elemento del servicio.



Rosa Mairal, junto a alumnos de la escuela de Borau.

Un rápido recorrido por nuestra conversación permite agrupar algunas cuestiones pedagógicas que surgieron.

Respecto a los compañeros, recuerda que cuando la mandaron a Santa Cruz de la Serós llegaron a la provincia de Huesca y, en buena medida, al Pirineo, cuarenta maestras valencianas desplazadas.

También comenta la profesionalidad de la compañera que le había precedido en Santa Cruz; su legado se hacía visible, simplemente, en el modo con que había dejado la escuela. Aún la recuerda, se llamaba Isabel Oto, era jacetana y marchó a Málaga.

Los círculos de colaboración que organizaba la inspección, una vez al mes, servían, entre otras cosas, para paliar el aislamiento de los maestros. Las reuniones se hacían en un colegio de Jaca.

Además de la enseñanza reglada, ella participó en programas de personas adultas que fueron cambiando su denominación: “adultos, alfabetización, extensión cultural...” También preparó chicas para que obtuvieran las “Becas de estudio” que les permitiera cursar el bachiller de modo oficial. Se examinaban en Huesca y su madre les daba pensión, de modo altruista, y las llevaba a examinar.



Iglesia y alumnos de la escuela de Santa Cruz de la Serós.

En aquellos años la leche en polvo aún se suministraba. Llegaba desde la capital con la empresa de transportes de su familia y los bidones de leche o mantequilla se descargaban en un rosario de paradas previamente establecidas. También se utilizaba este medio para el envío de material escolar adquirido en la Casa del Magisterio (Imprenta Casanova), situada en el mismo centro de la capital.

Para el uso de las enciclopedias escolares Rosa también tenía un gusto especial, prefería la Rodríguez a la Álvarez, puesto que, desde su punto de vista, la primera orientaba mejor al maestro.

Respecto a la lectura, utilizaba mucho los libros personales y recuerda de modo especial el título *Nuevo Amanecer*, un libro de viajes en el que dos hermanos huérfanos de la guerra recorrían toda España en busca de su familia, al tiempo que el recorrido les servía para conocer la historia, el arte y la geografía española.

En algunos pueblos había tradiciones escolares pintorescas. Así, en Santa Cruz de la Serós, sólo las niñas llevaban uniforme, de tela gris y cuello blanco.

En Borau existía coto escolar, una plantación de chopos, camino de San Adrián de Sasabe. Además, Rosa se ocupaba de apuntar en las cartillas de ahorro de la mutualidad

escolar las aportaciones que hacían los alumnos y de ingresarlos en el Instituto Nacional de Previsión.

En el tema de las actividades extraescolares, Rosa era adelantada y valiente. Desde Salinas llevó a los niños, en una intensa jornada, a San Sebastián para que conocieran el mar y se subieran, por primera vez, a un microbús de la empresa Marraco de Ayerbe. Junto a dos madres y dos padres, las criaturas se abrían paso por las calles de Pamplona y San Sebastián sujetos a una larga cuerda. Si habláramos con ellos, seguro que nos dirían que no lo han olvidado...

También viajó a Jaca, a San Juan de la Peña, en el multitudinario día en que regresó el Santo Grial desde Valencia en presencia del general Franco, y a Huesca para visitar la exposición de “Realizaciones provinciales” que, por aquellas fechas se fomentaban para dar a conocer el progreso local. Curiosamente, el diario Nueva España se hizo eco de dicha visita el 15 de junio de 1963: “*OPINIONES SOBRE LA EXPOSICIÓN:*

La Exposición me ha parecido verdaderamente fantástica. Hemos pasado dos horas muy agradables recorriendo los “stands”, deteniéndonos especialmente en el de Turismo, cuyas fotografías son maravillosas. Nos ha producido una gran satisfacción el descubrir que, entre ellas, figuran varias de nuestro pueblo. (Doña María Rosa Mairal Dieste. Maestra nacional de Santa Cruz de la Serós).

Su interés por la fotografía le llevó a participar en un concurso nacional escolar convocado por el Ministerio de Información y Turismo. El reportaje lo realizó sobre el patrimonio artístico de Santa Cruz de la Serós, a través de ángulos muy originales. El teatro también era uno de sus fuertes y recuerda el día que representaron *El país de las letras* en el salón repleto del Ayuntamiento de Borau. Fue un brillante final de curso que ella siempre remataba con una exposición de manualidades.

Efectivamente, el día de Santiago de 2015 visité Esposa. Como ocurría con *El Antropólogo inocente*, llevaba un sinfín de preguntas y objetivos apuntados.

El centro de la cuestión era indagar por qué una maestra que sólo estuvo un año, hace cincuenta y dos -¡más de medio siglo!- sigue formando, de algún modo, parte del patrimonio humano del pueblo.

Me consta que hace sólo un mes Rosa viajó a Esposa para asistir al entierro de una de sus antiguas alumnas.

Unos días antes, en nuestro rincón del Casino de Huesca, coloqué una ampliación de la fotografía de la leche en polvo sobre la mesa y comencé a apuntar sobre cada alumno lo que Rosa me iba diciendo: “Este es Ángel Lanuza, que vive en la calle José María Lacasa de Huesca. Esta es Lucí Lanuza, que está casada en Jaca. Esta es su hermana Maribel, que trabaja en una clínica en Zaragoza. Esta primera es Angelines, que trabaja de enfermera en el hospital San Jorge de Huesca. Esta es Lucía, que trabaja en la quesería que hay ahora en Esposa. Esta es Marinieves, que vive en Jaca. Este es Josete, hermano de Angelines, que vive en Huesca. Esta es Asunción, que vive en Barcelona. Esta es... Este es... Aquella es... Aquel es...” Así, uno a uno, su memoria repasa aquella veintena larga de niños y niñas que posan con sus jarritos de leche, hechos por un quincallero ambulante y que Rosa se encontró el primer día alineados, colgados en la pared de la escuela.



Me pregunto si lo que le ocurre a Rosa es normal. Después de la escuela de Esposa, por sus clases de San Feliu han pasado, durante cuarenta años, cientos de criaturas, y ese filtro, lejos de crear amnesia, ha reforzado el recuerdo de sus primeros años en las cinco escuelas del Pirineo Aragonés. Durante estos años ha recibido y enviado cartas, felicitaciones de Navidad y participaciones de lotería. Ha recibido y devuelto visitas...

Me consta que las copias de sus fotos hechas con la Woigtländer andan repartidas por muchas casas de la montaña y yo me pregunto si ha sido la magia que para nuestra generación ha ejercido la fotografía analógica la causa de esta fijación de la memoria. La lástima es que Rosa haya perdido la libreta de notas en las que apuntaba algunas palabras, expresiones y juegos que utilizaban los chicos al comienzo de los sesenta en el Pirineo. De aparecer, tendríamos un gran libro.

El día no transcurrió según lo previsto. Llegué pronto a Esposa y no encontré a nadie por la calle. Esposa había cambiado mucho. Frente a la escuela, donde en 1963 los niños de la fotografía juegan al corro, se había levantado un bloque de apartamentos que la crisis ha dejado en manos de los bancos.

El conjunto de la escuela, en la plaza Don Santiago Ramón y Cajal se mantiene por fuera pero por dentro se ha adaptado a los tiempos. Nada que objetar. La escuela fue clausurada el 17 de diciembre de 1977. En los bajos que, antaño fueron herrería, está el centro social. El primer piso, donde estaba la escuela, hoy se ha partido en espacios funcionales. Toda la escenografía escolar que vi hace quince años tampoco está.

También, nada que objetar. En aquella lejana visita llegué y la escuela parecía que aguardase a que los niños subieran del recreo. Todo permanecía intacto, incluido el cartelón del testamento de Francisco Franco.

Hoy, buena parte de los libros, se guarda en un armario en el local adjunto, en la antigua casa de los maestros. Echo un rápido vistazo y veo representados casi todos los estratos temporales de la corta historia de las escuelas rurales de nuestro país, desde la famosa *Cartilla Agraria* de Alejandro de Borruel, el montañés de Aso de Sobremonte que llegó a ser ministro de marina, hasta los primeros métodos de enseñanza del inglés.



Mi gentil acompañante recuerda cómo una vez llegó un señor de Huesca que se quería llevar los libros. Al parecer era del Museo Pedagógico de Aragón y le dijeron que no, que eso no salía del pueblo.

Hoy hablamos del sentido de estos libros viejos y él me dice que “agua pasada no mueve molino”. “Pues es verdad, me digo”. Cierro la carpeta, suspiro, agradezco la amabilidad y decido que ya está todo hecho, que el sentimentalismo, a veces, crea coágulos peligrosos.